

## CAPITULO XXI.

EN EL CUAL EL LECTOR VUELVE À SEGUIR LOS PASOS  
DE RICARDO, DE AMALIA Y DE LA CHATA.

**P**ERDONENOS el lector, si por algun tiempo nos hemos olvidado de Amalia, de Ricardo y de la Chata; mas por via de reparacion hemos de consagrarles todo el presente capítulo.

Ricardo habia logrado hacer la mas fácil de todas sus conquistas, pues á la verdad no habia puesto de su parte otra cosa que haberse dejado llevar de los acontecimientos.

Lo primero que Ricardo notó en Amalia, fué esto:

Era muy franca, tenía no sabemos qué especie de ingenuidad que contrastaba de una manera original con la circunspección que era de esperarse en muger de cierta edad.

Tras de estas ingenuidades sorprendentes esconde la muger una tela tan complicada de peripecias, que el hombre, astuto y todo como Dios lo ha hecho, traga el cebo como cualquier salmon.

A Ricardo le cayó muy en gracia la sencillez de Amalia, y creyéndose hombre de mundo, pensó haber dado con una perlitita oculta en materia de corazón.

—Amalia es muy sencilla, exclamaba; ya se vé, se ha educado en el colegio de las Vizcainas y casi de allí salió para unirse con Sanchez.

Ricardo no sabía todo lo que podía caber en aquel *casi* ni en aquella sencillez.

Otras veces decía Ricardo:—Amalia es un brillante montado en estaño: el estaño es Sanchez. Y muy contento con este simil, que le parecia en extremo adecuado, se daba el parabien de haberle tocado en suerte ser el platero, que aprovechando aquella piedra preciosa, que se llamaba Amalia, le confeccionara una montadura digna de ella; en cuyo caso Ricardo modestamente resultaba de oro.

A Amalia le bastó la danza aquella para comprender que había encontrado su media naranja.

Sabemos ya el resultado de la primera visita de Ricardo, y no habíamos vuelto á ocuparnos de él, sino en el



*El diablo verde.*

Villasana y C<sup>a</sup>

momento en que Sanchez lo sorprende al lado de Amalia la noche del té de Carlos.

Veamos, por lo tanto, lo que pasó en la segunda visita de Ricardo.

Era de noche.

Amalia estaba en su terreno; la lámpara de mesa tenía encima, á guisa de velador, un verdadero kiosko de flores artificiales: la luz, por lo tanto, era dulce, á propósito para endulzarlo todo, especialmente una flor crepuscular como Amalia.

Amalia estaba vestida color de rosa; parecía una *rosa-reina*: su vestido tenía muchos olancitos como para figurar ese agrupamiento de pétalos encarrujados y oprimidos que acusan exhuberancia y feracidad, y al mismo tiempo sirven para dejar escapar el aroma del cáliz.

A falta de este, la muger recurre á Escabasse, ó á Cañafío, que en materia de perfumes acaba de recibir primores. Amalia tenía aromas del Japon, esencias, pastillas, cremas, jabones y cuantas drogas de esta especie se han inventado contra las exhudaciones y demas miserias humanas.

Amalia estaba ademas parada sobre las puntitas de los pies; lo cual, estéticamente, suprimia, en la idea al menos, no sabemos cuantas libras de peso á su humanidad.

Estaba parada sobre unos tacones terminados en punta, y que hacian el efecto de arquear el pié de Amalia al grado de dejar pasar la luz y el aire por el mas provocativo de los puentes.

Amalia vivía sobre dos paréntesis.

Así estaba esperando la segunda visita de Ricardo.

Ricardo, por su parte, estaba entrando por las horcas caudinas de la presunción.

El rey de la creación, es decir, el hombre, es muy curioso bajo este punto de vista.

Tan luego como Ricardo se sintió enamorado, pensó más en sí mismo; nada más natural en el personalísimo asunto de amar y ser amado.

Ricardo frente á su espejo se pasó revista, como para medir de un golpe toda la suma de poder magnético con que pudiera contar.

Encontró suficientemente ensortijado su cabello, sedoso y peinado el bigote y bien crespas su par de patillas que en lugar de juntarse en la barba se separaban allí con el objeto de dejar visible el cuello y la corbata, que es la suprema coquetería del hombre, y después de abrirse, traían no sabemos qué reminiscencia imperialmente aristocrática.

Ricardo estaba contento de sí mismo; Salin había sabido pintarle un chaleco y un gaban de mucho gusto, y Minard le había hecho unos botines que realizaban el tipo del pié mexicano; pié por el que Amalia se salía de sus casillas.

Ricardo se puso unos guantes bismark que comprimían los músculos de la mano, al grado de hacerla inverosímil: las manos de Ricardo perdían con aquellos guantes la tercera parte de su volúmen y las dos terceras de su utilidad, pero resultaban unas manos muy bonitas.

Ricardo se perfumó la boca, la ropa y el pañuelo; se puso un sobretodo color de haba, debajo del cual colocó en el cuello un pañuelo de cachemira blanco, y se dirigió á la casa de Amalia.

Amalia le sintió los pasos.

—¡Ahí esta ya! dijo para sí y se adelantó para recibirlo en la puerta.

—¡Amalia!

—¡Ricardo!

No se dieron la mano, sino las manos.

Se miraron, se sonrieron y entraron.

Ricardo se desabrigó y se sentó junto á Amalia.

—¿Ha pensado usted en mí? Amalia.

—Mucho ¿y usted?

—No tengo otra imágen en la memoria: ¿puede uno ver á usted una sola vez y olvidarla en seguida?

—Es usted muy galante.

—Ya hemos quedado, Amalia, en que somos francos, yo no sé mentir ¿me cree usted?

—Sí lo creo.

—Me ha interesado tanto la historia de usted y su situación actual, que estoy verdaderamente preocupado.

—Por mi parte..... ¿le digo á usted lo que pienso?

—Todo, Amalia, sin callarme nada.

—Pues bien..... pienso en que hace mucho tiempo que somos amigos; le sucede á uno con personas tan simpáticas como usted, que apenas las acaba de conocer, las

creo amigos viejos; por eso me inspira usted tanta confianza.

—Gracias, Amalia, es usted un primor.

—Y me parece, continuó Amalia, que ya no estoy sola en el mundo, que ya tengo un ser que se interese por mí; que ya tengo á donde volver los ojos, que tengo un hermano.

—¿Me ama usted como hermano, Amalia?

—Sí, Ricardo; como un hermano, como un hermano muy querido.

—¿Nada mas como á hermano?

—¿Qué mas quiere usted?

—Es cierto, ¿á qué mas podría yo aspirar? pero.....

—¿Pero?

—Soy muy ambicioso y deseo que me quiera usted mas que á todo el mundo.

—No amando á nadie, bien puede ser un hermano el ser á quien mas se ame en el mundo.

—Es cierto, pero.....tiene usted un hermano muy celoso.

—¿Celoso?

—Sí, muy celoso; celoso como Otelo, porque me atormenta pensar.....

—Esté usted tranquilo, Ricardo, bastante debe usted comprender, porque tiene usted mucho talento, que entre Sanchez y yo.....

—Hay un abismo, agregó Ricardo, pero un abismo oscuro, y sobre todo que me hace sufrir.

—¿Que quiere usted! esa es nuestra suerte y crea usted que si no tuviéramos la compensacion.....

—¿De nuestro cariño?

—Sí.

—Me moriria de pena.

—Entonces acabemos de una vez, rompamos ese falso lazo, emancítese usted.

—¿Ricardo!..... ¿y mis deberes?

—¿Y qué? siendo la base de estos deberes solo la voluntad, cuando esta cesa.....

—No obstante, Sanchez dice que somos tan casados como todos, porque no hay mas matrimonio que el de la voluntad.

—Creo que se equivoca el señor Sanchez, al menos si en sociedad la ley es todavía ley.

—Dice que nada importa la bendicion de un cura ni la farsa del registro civil.

—No pienso como el señor Sanchez; la prueba es, que si nada importa todo eso ¿á quien ocurriria para arrancarla á usted de mis brazos? El señor Sanchez cree que tiene todos sus derechos garantizados, pues lo desafio á que la separe á usted de mi lado, y supuesto que la mujer es del mas fuerte, ni mas ni menos que la leona ó la loba, vámonos, Amalia, vámonos, y en teniendo un revólver debajo de la almohada, habremos encontrado nuestro registro civil de cinco balas, nuestra bendicion nupcial á la Remington, y entre sus derechos y los mios, no habrá ninguna diferencia.

—¿Y la sociedad?

—La sociedad sancionará por segunda vez, el hecho es el mismo, la sociedad la misma, la forma idéntica; tiene razon el señor Sanchez, para nada sirve la bendicion de un cura y el registro civil es una farsa; vámonos, Amalia.

—Está usted terrible.

—No: lógico.

—Loco.

—Enamorado.

—¿De veras?

—Como un bárbaro.

—¡Cuidadol

—¿Con quién? solo una cosa pudiera yo temer.

—¿Qué?

—Que usted no me ame.

—¿Duda usted?

—A veces sí: en este momento dudo.

—¡Ingratol

—Al contrario, si no fuera yo tan agradecido, la amaria á usted menos.

—Entonces no debe usted dudar.

—Dudo porque la amo á usted mas cada dia, y como mi amor crece, vé pequeño el de usted.

—Eso es porque me faltan las alas.

—Esas solo pueden nacer del corazon.

—¡No! no! no! exclamó de repente Amalia haciendo un guiño pueril y dando palmaditas á Ricardo en la rodilla.

Ricardo se apoderó de la mano y Amalia exclamó:

—Juicio, señor mio, juicio; no se le permiten á usted esas libertades.

Amalia sabia abusar de estas transiciones: del fondo de la mas grave de las cuestiones, descendia á la puerilidad y á la broma.

—¿Le gusta á usted mi vestido? preguntó de repente á Ricardo con el candor de una niña.

—Sí, contestó maquinalmente Ricardo.

—Ni lo ha visto usted bien, ni cuidado ha puesto; ya se vé, todo lo que tengo es tan feo!

—¡Es hermosísimo! dijo Ricardo volviendo de su distraccion, parece usted una rosa de Castilla.

—Tengo seis vestidos color de rosa.

—Usted tiene cien primaveras cada dia.

—¿Qué color le gusta á usted mas? ¿el color de rosa ó el azul?

—El color de rosa.

—A mí tambien.

Ricardo estaba visiblemente contrariado; pero si no entraba de lleno al terreno de las frivolidades, Amalia tomaba por lo serio sus abstracciones y reñia. Era necesario darla gusto.

—Es muy lindo su vestido de usted, muy lindos sus pies, muy lindos sus ojos é incomparable todo lo que le pertenece, y por último, yo no puedo permanecer al lado de usted impasible, ni me puedo conformar con el papel de hermano. Mientras mas hermosa me parece usted,

me siento con menos fuerzas para luchar con una contrariedad que me está torturando horriblemente el alma; porque la amo á usted con todo mi corazón.

—¿Sabe usted que es muy sério lo que me está usted diciendo?

—Ya lo creo que es serio, y tanto, que estoy resuelto á todo.

—¿Cómo es eso?

—Sí, á todo.

—¿Es posible?

—Haga usted la prueba.

—Vamos, señor loquito, señor enamorado, señor fogoso; tenga usted entendido que yo lo quiero mucho, que somos el par de amigos mas tiernos que hay bajo las estrellas.

—Entonces.....

—¡Calma, hermanito mio, porque no he concluido! somos lo que se llama dos pichoncitos, pero al mismo tiempo soy una muger honesta que sabe cumplir con sus deberes; sí, señorito, y soy por lo tanto incapaz de hacer locuras.

—¡Amalia! ¿habla usted formalmente?

—Sí, señor.

—Quiere decir que me he equivocado, que soy un mentecato, que he podido tomar por amor lo que no era mas que.....

—Siga usted, siga usted..... y no se arrepienta; porque es seguro que va usted á ofenderme, que es lo que

merezco por ser ingenua, por decir lo que siento, por no ser hipócrita. ¿Iba usted á decir que no lo quiero, no es verdad? ¿Por qué no inventa usted de una vez que lo aborrezco? Eso es quedarse por corto y cuando se trata de abusar de la debilidad de una muger, ustedes los hombres se pintan solos para dejar á uno lo mas mal parada que pueda imaginarse.

—¡Amalia! ¿qué está usted diciendo?

—Verdades, solo verdades; ya no puede uno decirle á nadie que le tiene cariño, sin que sean interpretadas sus palabras, sin que la tengan á uno por una coqueta.

—¡Amalia! ¡Amalia! tenga usted la bondad de no continuar.

—Eso es! ¿tampoco tengo el derecho de defenderme?

—¿De defenderse de qué?

—¿Cómo de qué? de sus ataques de usted, de sus injusticias, ¿de qué ha de ser?

—Amalia ¿me permite usted que me explique?

—Sí señor, le permito á usted todo lo que quiera, ya no hablo; le ofrezco á usted no despegar mis labios en toda la noche.

Reinó por un momento el silencio, Amalia tomó la actitud de una persona que se resigna penosamente á escuchar, y Ricardo en cuya imaginación rodaba todavía el torbellino de las ideas de Amalia, procuraba reponerse para abordar la cuestión con mesura y aplomo; circunstancia que nos obliga á continuar esta materia en otro capítulo.